

TEMA

Miércoles, 4 mayo 2011

Cultura | La Vanguardia

6

**Claudio Magris** (Trieste, 1939) es escritor y profesor italiano. Reputado germanista, 'El Danubio' es su obra más emblemática. En el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) se puede ver hasta el 17 de julio la muestra 'La Trieste de Magris'

#### CLAUDIO MAGRIS

**1.** Barcelona no, Barcelonas, como escribe justamente Manuel Vázquez Montalbán. Sí, todas las ciudades son plurales; atravesarlas es como excavar –en la tierra, en el tiempo– y descubrir, como Schliemann, nuevos estratos de Troya, ciudades destruidas, conservadas y permaneciendo una sobre la otra. Hay ciudades incluso más heterogéneas, como las muchas que existen en mi *mitteleuropa*: Lemberg-Leopoli-Lvov-Lviv o Bela Crkva-Weisskirchen-Fehértemplom-Biserica Alba. Algunas guías antiguas ignoraban por completo la Lemberg alemana o, respectivamente, la judía o la rutena, como si un mapa eliminara una calle que no se cruza con otra. Katharina Enzensberger, cuyo padre había nacido en Bela Crkva, me contó que gracias a *El Danubio* había logrado saber que aquella ciudad del Banato, en Serbia, no era una ciudad homogénea y exclusivamente alemana. Incluso en Trieste, descubrí, relativamente tarde, que alguno de sus barrios –por ejemplo, el Roiano– era en buena parte, al menos en sus orígenes, esloveno. Ciuda-

des sumergidas, para citar otra vez a Vázquez Montalbán. Pero, mientras aquellas centroeuropeas que he mencionado son como los estratos de Troya, una ciudad tras la otra a lo largo del tiempo, las Barcelonas están simultáneamente presentes y quizás sea esta la esencia del modernismo, del que Barcelona es la capital mundial. No soy yo, ciertamente, la persona indicada para contar y explicar las Barcelonas a los lectores de un periódico

### Las diversas Barcelonas están simultáneamente presentes y quizás sea esta la esencia del modernismo, del que Barcelona es la capital

de Barcelona; sería penoso y hasta ridículo. Sin embargo, puedo hablar de una, oculta y perdida, de la que quizá conozco más que cualquiera que me lee en la propia Barcelona. Cuando vagaba por el Mar de Panonia para escribir *El Danubio*, leí en un viejo libro que, en 1734, en Vojvodina –la región plurinacional y plurilingüe, ahora en los confines con Rumanía, entonces escapada apenas del dominio turco– había una Nueva Barcelo-

na, llamada evidentemente así por los numerosos catalanes llegados en esos años a aquellas tierras que, después de la guerra, el decidido gobernador Habsburgo, el general Mercy, estaba recuperando y repoblado. He buscado esta Nueva Barcelona, sin encontrarla. Debía de ser una parte de Beeskerek, la ciudad de los muchos nombres y de las muchas religiones que ahora se llama Zrenjanin. No la he encontrado, el tiempo abrasivo ha borrado

sus huellas con cuidado; sólo trazas mínimas, referencias fugaces de una vieja crónica, de una ciudad verdaderamente sumergida. Sin embargo, para mí, resulta un rastro, aunque haya sido borrado, de la poderosa y valiente migración catalana que, a lo largo de los siglos, se extendió, ambiciosa y creativa, por todo el Mediterráneo y más allá, convirtiéndose en una parte esencial del mundo. No he encontrado esta Nueva Barcelona,

como no he encontrado las verdaderas fuentes del Danubio, y, sin embargo, como ellas, en algún lugar existió y, por tanto, existe, como el grano que está muerto para dar fruto y por tanto vive, de la parábola evangélica. Es mi *Atlántida*, quizá más viva que el poema del buen Mossèn Jacint Verdaguer.

**2.** Barcelona contra Madrid, no sólo políticamente: lugar común con toda la verdad y la aberrante distorsión de la verdad propia de los lugares comunes. Hace muchos años, en su *Storia Universale della Letteratura* –ocho volúmenes de más de mil páginas cada uno, que cuando niño leí vorazmente con mi hambre de mundo y de diversidad– el enciclopédico, fantasioso y andariego Giacomo Prampolini escribió: "Cataluña se contrapone a la continental Castilla, cerrada y oscura, con su abierta y feliz atmósfera mediterránea, con la visible romanidad que parece una continuación de la Provenza francesa"; el catalán era descrito como "alegre y hablador, activo... con un agudo sentido de la libertad...", en contraste estridente "con el castellano taciturno, pensativo, no insensible a la pompa cortesana, y distinto también del andaluz soñador, heredero de la voluptuosa ociosidad morisca".

Si ni siquiera notables eruditos como Prampolini –conocedor de un número increíble de lenguas, diletante pero infatigable enamorado de todas las culturas del mundo y de sus peculiaridades– pueden dejar de decir tonterías tan cómicas cuando se habla de la identidad y de las diversidades nacionales, quiere decir que identidad y diversidad son realidades y valores, pero peligrosos como armas cargadas que no deben caer en manos de los niños. Hoy en día, la relación entre globalización –y el temor a que aplane las diferencias– y las rencorosas regresiones causadas por este miedo (que en nombre de la defensa de la propia diversidad rechaza todos los demás) es uno de los temas cruciales de nuestras vidas, de nuestro destino.

La Europa de hoy, más que amenazada, está construida por los conflictos entre estado y nación: naciones que desean ser estados y, a menudo, niegan a otros que viven en ellos la misma posibilidad; centralismos rígidos y particularismos desenfrenados. Catalunya puede ser un ejemplo para Europa. Su historia muestra cómo una nacionalidad conculcada –en tiempos de Franco pero no sólo en aquellos tiempos– supo preservar cívicamente su integridad y un sentimiento de pertenencia simultáneamente uno y doble, a Catalunya y a España. Su historia muestra también cómo el separatismo puede ser de izquierdas y de derechas y por eso ambiguo y peligroso: la izquierda catalanista de 1934 o el catalanismo pequeño-burgués de



Barcelona



Prat de la Ribera. Historia compleja, contradictoria, a menudo, trágica. Pero justamente porque Catalunya es una auténtica nación, de importancia, tamaño y peso cultural en nada inferior a tantos estados-nación europeos independientes, y porque forma parte de España con las legítimas necesidades de autonomía, pero sin la fiebre identitaria secesionista, es que puede ser un ejemplo de la Europa que yo sueño; la que algún día se convierta en un verdadero estado federal, descentralizado, pero con las leyes y gobiernos comunes, en la que los estados actuales (Italia, España, Francia, etcétera) se incorporen como ahora Catalunya en España. Sólo de esta manera podrá Europa realmente existir.

**3.** Barcelona fue la ciudad donde encontré verdaderamente a España. Había sido antes un turista y lector fascinado, pero en Barcelona comenzó algo muy diferente. Las primeras, fundamentales, amistades personales e intelectuales con amigos y amigas de España nacieron en Barcelona y continuaron y se enriquecieron todavía más, a lo largo de tantos años, siempre más auténticas y generosas, como un vino que envejece bien. Ningún otro país ha sido tan magnánimo con mis libros y conmigo como España y todo esto comenzó en

Barcelona. Los primeros encuentros con el público, los primeros verdaderos contactos culturales. Por supuesto, ahora es toda España la que llena –con gratitud, afecto y fraternidad– mi corazón; compañeros y compañeras de viaje viven en Madrid, Pamplona, Oviedo, Santiago, Murcia, y en otras ciudades. Pero todo empezó en Barcelona, donde salieron mis libros, pero de la que estoy más agradecido por las amistades que me ha regalado, más importantes que los libros mismos. Barcelona también me ha regalado, con la espléndida exposición del CCCB, Trieste, el Trieste que, quizá ahora, es mi Trieste. “O cel blau! O mar blau, platja deserta/ groga de sol...”. Leo a Maragall, y veo el mar de Trieste.

**4.** Si yo tuviera que elegir una de las muchas epifanías que me han sido dadas como una gracia en mis viajes un poco por todo el mundo, indicaría quizá la de aquella mañana en la sala del monasterio de Pedralbes, en Barcelona, que alberga una colección del Museo Thyssen-Bornemisza, y de la que ya he hablado en *El infinito viajar*. Fue una de las grandes revelaciones del amor y de la libertad. Un señor de cierta edad, esa mañana, acompañaba a su hijo, visiblemente afectado por el síndrome de Down, llevándolo de la mano y explicándole

los diversos cuadros –Fra Angelico, Tiziano– delante de los que se detenía con actitud de respetuosa felicidad. El hijo, de edad indefinible como la de un niño prematuramente envejecido, escuchaba, asentía con la cabeza, murmuraba de vez en cuando fatigosamente alguna cosa; el padre a su vez le hablaba, le respondía, satisfecho y complacido de enseñar a su hijo a amar a los Maestros.

Probablemente venía haciendo

### Catalunya puede ser ejemplo para Europa: cómo una nacionalidad conculcada preservó su integridad

esto desde siempre, pero no aparentaba cansancio o ansiedad. Frente al *Retrato de Mariana de Austria, Reina de España*, se inclinó para leer el nombre del autor, luego se puso firme y volviéndose hacia su hijo, le dijo en voz alta: “Velázquez”, y se quitó el sombrero.

Pocas veces he admirado y envidiado a una persona como a aquel anciano padre. El dolor y las dificultades que la injusticia imperdonable había hecho caer sobre él no lo habían doblegado, no habían si-

quiera mínimamente amargado o agriado su carácter, como fácil y comprensiblemente les sucede a quienes se ven afectados por un desastre que, a menudo, elimina la capacidad de alegrarse y de disfrutar del esplendor alcanzado por otro cuya suerte ha sido bastante pródiga en dones. Era feliz de reconocer, de admirar y de transmitir la admiración por la grandeza; era la majestuosidad de un espíritu libre y generoso en ese gesto suyo de quitarse el sombrero. Era el amor lo que daba esa libertad, la nobleza; los dos, el padre con su hijo disminuido, no dependían de nadie, se bastaban, como se basta el amor. Fue en esa sala de un museo de Barcelona donde entendí qué significaban esas palabras del Señor en las *Escrituras*: “De la piedra que desecharon los constructores hice la piedra angular de mi casa”.

**5.** “Entre Burgos y Moscú está Barcelona, que fue capaz de derrotar el fascismo...” Esta frase –que cerraba un artículo de Camillo Berneri escrito durante la guerra en España, contra las purgas de Moscú– no la leí en su periódico, *Guerra di classe*, sino en el extraordinario libro escrito –o mejor, dicho en dialecto triestino y transcrito por otros siempre en el dialecto triestino– por un anarquista de Tries- ➤

TEMA

Miércoles, 4 mayo 2011

8 Culturals La Vanguardia

> te, Umberto Tommasini, que luchó toda su vida contra el fascismo y contra toda dictadura, incluyendo la comunista. Y a Tommasini le debo una inicial y profunda fascinación por Barcelona, que él describe en su autobiografía y, en particular, en la parte dedicada a la guerra en España, donde luchó del principio al fin. Tommasini, que vivió entre 1896 y 1980, fue un anarquista humanitario que debió afrontar el tortuoso y resbaladizo siglo XX con la ironía, la pasión y el generoso aliento del siglo precedente. Su desenfadada odisea picaresca dictada en las postrimerías de su vida, está vinculada a los capítulos centrales de la historia mundial: las luchas sociales y nacionales a comienzos del siglo, la primera guerra mundial, el fascismo, las laceraciones del movimiento obrero internacional, la guerra de España, el estalinismo, la guerra fría.

Su autobiografía, además de ser un precioso testimonio histórico, es un relato oral, la voz primitiva y coral de una musa épico popular y

### Barcelona se transforma; y se hace necesario volver continuamente a ella para no perderla

dialectal que enfrenta la historia del mundo con valor intrépido y profunda preparación política y la enfrenta en el dialecto de Trieste. A veces parece un *schnorrer*, aquellos mendigos y vagabundos judíos que trataban a los señores de la tierra con indiferencia regia. Su escrupuloso amor por el trabajo, que se conserva más auténtico en su conciencia política, se acompaña de una vitalidad de taberna con aires de Sancho Panza, el idealista que sacrifica su propia vida por la causa de la libertad. O también es un Švejk, que no permite que el eventual fin del mundo pueda arruinar el sabor de una buena bebida o el placer del sexo.

El gran momento de Tommasini fueron los años treinta y la guerra de España. Tommasini trata familiarmente, con respeto, pero de igual a igual, a los protagonistas de la política internacional, de los hermanos Rosselli a Berneri, de Valiani a Pertini, de Di Vittorio a Pacciardi. Rico testimonio de primera mano, su autobiografía –mejor sería decir su vida– apostrofa, con una familiaridad a la que nada logra intimidar y que nunca llega a ser promiscua ni intrusiva, la historia universal y su “fuerza terrible de destrucción”, como la llamó Nietzsche.

La primera descripción de Barcelona la leí, por tanto, hace muchos años, en el dialecto de Trieste, en las páginas de Tommasini que la evocaban de forma poderosa, inundada de tragedia y redundante de vitalidad. Su enfrenta-

miento con Vittorio Vidali, alias Carlos Contreras –choque entre dos triestinos en España– sobre la represión estalinista en Barcelona fue quizás inconscientemente decisivo para mí en la larga génesis de mi novela *A ciegas*, tan fuertemente impregnada de esa cuestión. Así que emergí –o volví a caer, como con la *Setmana Tràgica*, sobre la que mucho había leído y estudiado– en un remolino en el que Barcelona era el remolino de la historia y, al mismo tiempo, el escenario central del sangriento Teatro del Mundo. No es sorprendente que, en un primer borrador, la conversación entre el protagonista de *A ciegas* y el funcionario del Partido que lo manda a una misión para enviarlo a morir se desarrollase en un edificio extrañamente similar al edificio de la Aduana de Barcelona, que con sus oscuras quimeras me había fascinado y se me había aparecido como el escenario adecuado para el comienzo de aquella historia de inframundo, y al que pertenece la atmósfera de la que nació aquella escena y, por tanto, al menos en cierta medida, la novela entera.

6. Por Barcelona han pasado todos los grandes del siglo XX, los grandes que han dejado una huella en este siglo en los movimientos más diversos, desde la literatura a la arquitectura, del arte a la política. Tal vez ninguna otra ciudad pueda ser capital de la modernidad, como ha visto Mendoza. La modernidad es también un no-estilo, ecléctico, simbiosis de orden geométrico y desmesura existencial. Es vitalidad: inquieta, perturbadora, delicada, indestructible. Es cambio, es metamorfosis. Como quizá sólo Berlín, en otra forma intensa, Barcelona se transforma; y se hace necesario volver continuamente para no perderla, como si fuera una mujer a la que se debe cortejar sin parar, en constante adaptación a sus metamorfosis. Viena y mis otras ciudades centroeuropeas, sin embargo, permanecen siempre iguales, esperándonos como una amiga que se puede descuidar seguros de encontrarla siempre disponible.

La modernidad es la odisea de la decepción, la búsqueda inagotable de un sentido que no está o que, en todo caso, no se encuentra. Esta búsqueda, sin embargo, siempre decepcionante y jamás abandonada, es el único posible sentido de la vida y de la historia. Lo moderno es una herida que lo posmoderno cree haber curado aunque no se trate más que de una pócima que esconde la cicatriz pero no calma el dolor ni la nostalgia. En la modernidad de Barcelona hay algo que se escapa, sobre todo porque existe una alusión a algo inencontrable y a lo que, al mismo tiempo, es imposible renunciar. “Una historia –escribe Vázquez Montalbán– llena de victorias efímeras y derrotas duraderas”. |

TRADUCCIÓN: MARIETTA GARGATAGLI